

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 27 DE MAYO DE 1923

NÚM. 20.068

## IMPRESIONES DE UN LECTOR = Una novela de «humour» = EL SECRETO DE BARBA AZUL



CABO de leer una obra de sutil humorismo. La tengo ante mis ojos, estoy bajo su impresión y no acierto a orientar mi comentario. He rasgado ya varias cuartillas, producto de mis tubos. Siempre es difícil, para un crítico, esa cuartilla inicial. Toda inspiración tiene algo de vena que fluye; vena de sangre o de agua; pero es necesario hierirla con el bisturí o golpear la roca con la vara, para provocar el chorro.

El humorismo... ¿Cuál será el secreto de esa ley de contraste, por la cual se transforma en risa el dolor, la convicción ineludible del mal? Sería difícil recordar una obra de comicidad que no tuviese por contragolpe un dolor. Si en la base de lo cómico hay siempre un valor de contraste, nunca faltará una víctima que sufra la injuria regocijante de nuestra befa. No es necesario recurrir a las formas de la ironía y del humor, manifestaciones que corresponden a sociedades de cortesanía, de refinada cultura. Aun aquellas formas de comicidad grasa, como la comedia aristofánica o plautina, o el epigrama de Marcial, son a manera de proyectiles grotescos lanzados contra una picota donde alguien está expuesto a la vergüenza pública. ¿No fué el escarnio el origen de nuestra comedia moderna? Y si ahondamos en las remotas fiestas de que deriva la algazara carnavalesca, no encontraremos más que burla de la mísera condición humana, risa sardónica para ahuyentar nuestra obsesión de condenados a muerte... Casi siempre lo cómico es macabro. Renuncio a indagar las razones paradójicas por las cuales el instinto de defensa contra la desesperación se traduce en risa. Se habla de la muerte como de un accidente que nunca ha de llegar para cada uno de nosotros. Todos estamos convencidos de que sólo mueren los demás. Si no lográsemos esta sugestión no podríamos vivir. Y entretanto, nos defendemos de la Muerte burlándonos de ella, como soldados que ridiculizan al caudillo adversario, al negro Emperador hostil, que avanza...

Hay otra forma de comicidad que parece sustraerse a esa interna ley de compensación dolorosa: la que gira en torno al amor físico. Este el más corriente de los temas a que han recurrido los hombres para extraer impresiones

cómicas. ¿Por qué? ¡Ardua cuestión! En el fondo de esas risotadas obscenas no encuentro más que el testimonio original de la estupidez humana. La befa contra el amor sexual se funda, seguramente, en el contraste de la exaltación ideal del amor, y aun del goce espiritual en el acto amoroso, con la bajeza inmunda de sus medios y su sentido de profanación de la belleza, de la belleza siempre virginal.

Pero es hora ya de concretar estas divagaciones. El libro que acabo de leer es la novela *El Secreto de Barba Azul*, de Wenceslao Fernández Flórez. La filiación del autor se confirma intensamente en este libro. Hay, sin duda, en la li-

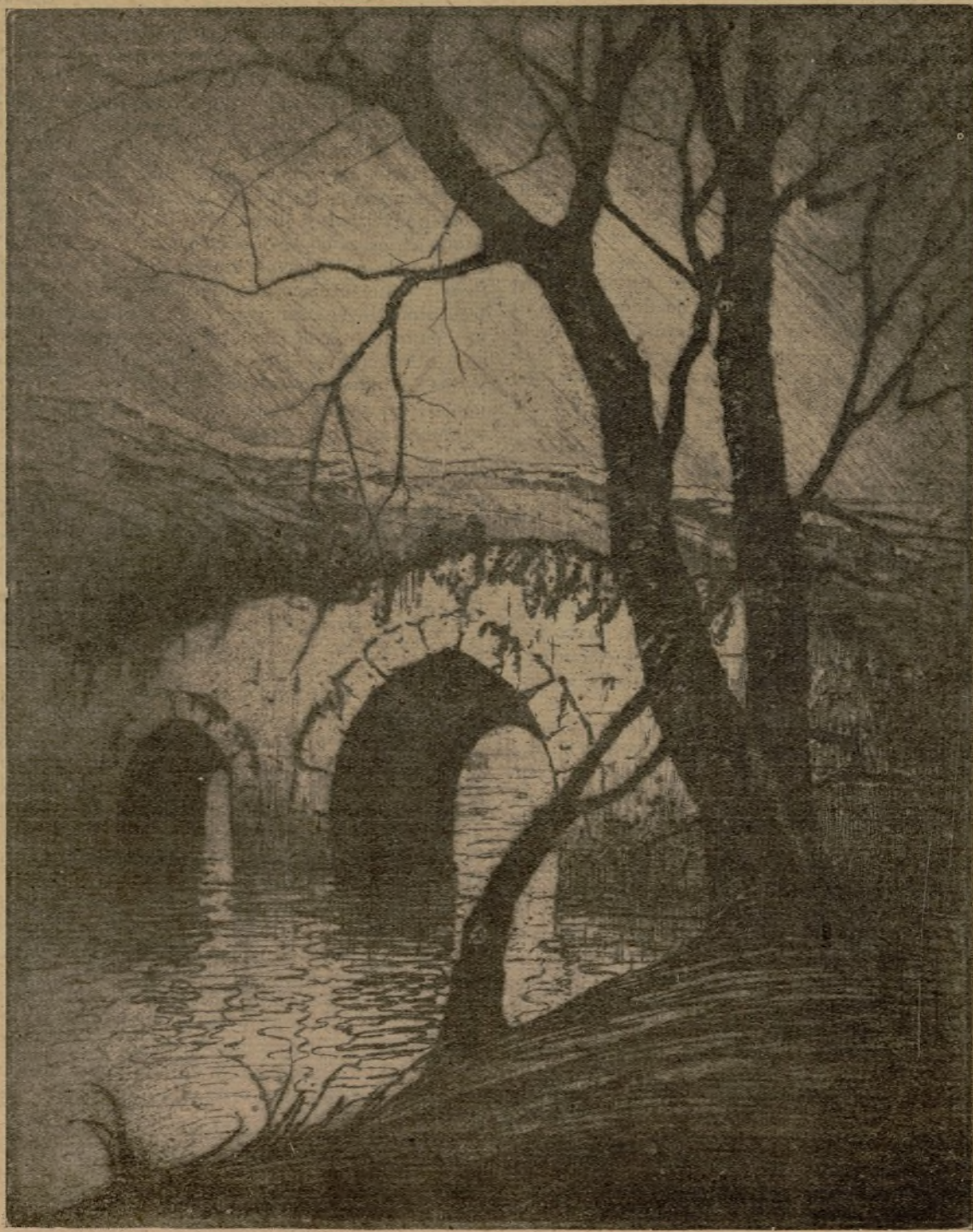
teratura española contemporánea una escuela gallega. Y no me refiero ahora al *cellismo*, influencia refleja del paisaje y de la bruma evocadora, al modo breton. Más fácilmente encontraríamos una tonalidad semejante en la que podría llamarse escuela normanda, según la manera interior de Flaubert y Maupassant; porque el asunto capital de la novela que comento es la tragedia de las supremas decepciones ante la vida... y acaso también ante la muerte. Fué precisamente esa escuela que, más cercana al espíritu inglés por consanguinidad, elevó la ironía francesa hasta las amarguras del humor. Portugal, como Galicia, asumió fácilmente en su alma occidental esa corriente.

Y ahora brota de mi pluma otra singular interrogación. ¿Por qué razón paradójica el pesimismo se alza fácilmente con las formas exteriores de la risa, mientras el optimismo es insosteniblemente lacrimoso y plúmbeo? ¿Por qué Voltaire es regocijado, y Rousseau soporífero? *El Secreto de Barba Azul* es la novela del pesimismo trascendental; y su tonalidad es una suave fluencia de piadosa burla, ante el cortejo que desfila por sus páginas.

No sé si debo atreverme a convertir esta crítica en clave o guía para el lector. Pero si el crítico debe ser una especie de Prólogo, dando a esta palabra un valor de personaje, que habla a telón corrido, anunciando la obra, yo diría que *El Secreto de Barba Azul* no tiene

protagonista, porque el verdadero sujeto de su acción es la vida misma, transcurriendo ante cuatro personajes capitales, que la sufren como experimento. El uno es un espíritu juvenil, todavía incauto, dispuesto a recibir la lección de las cosas en el natural optimismo de su inexperiencia. El otro es el optimista sistemático, quijotesco a su modo, vagamente bufo, como un *figurón*, para quien los viejos mitos patrióticos conservan su prestigio intacto. El otro es el Poeta, quijote a su manera también, que transfigura con su fantasía personal la torpe realidad, y sufre las consecuencias de haber convertido a su Aldonza en Dulcinea, poniendo un ideal de excelsitud en la más prosaica de las hembras, sin perjuicio de sufrir luego la equivocación contraria... El cuarto personaje, en fin, es el pesimista sistemático, que tiene inmunizado a su espíritu contra los amargores de la decepción, porque no se ha permitido idealizar la vida.

Pero esta es la acción externa, material, de la novela. Hay una acción interna, paralela a la otra. ¿Dónde está el secreto de la vida? ¿Por qué existimos? ¡Oh, eterna pregunta de la Esfinge! Aquí está la razón del título de la obra. El mundo es el palacio de un supremo Barba Azul, que ha dado al hombre las llaves de todos los aposentos menos la que abre una puerta prohibida... ¿Qué habrá detrás de esa puerta? Sin duda el secreto, la razón de la existencia, el motivo de nuestra gesticulación de muñecos en manos invisibles hasta dar el salto macabro... ¿Dónde estará esa llave, o mejor, esa *clave*, que descifre el angustioso enigma? Si nuestro dolor tuviese un sentido aceptable, parece que



PUENTE DEL DIABLO.—AGUAFUERTE DE CASTRO-GIL



sería más fácil de sufrir... Por momentos, parece que el velo va a descorrerse, que la puerta sin llave se abrirá por sí sola... El secreto, ¿no será el amor, el amor que nos hace saborear la inmortalidad? Pero ya el amor ha sido disecado por el pesimismo, como supremo engaño de los que quieren venir al mundo a costa de nuestro placer, pero también de nuestra muerte. Y así pataleamos de angustia ante la puerta cerrada, en manos de un Barba Azul que inevitablemente ha de matarnos, aunque no logremos traspasar el umbral prohibido.—Pero el pesimista sistemático aventura una respuesta: esa estancia vedada está vacía... ¿Y no encontraríamos nada si pudiésemos forzar la puerta!

Así está pensado el nuevo libro de Fernández Flórez. ¿Cómo está ejecutado? Nada de galleguismo pintoresco. El medio en que transcurre la acción es un reino simbólico; como buen humorista, el autor ha seguido la ruta de Gulliver. Pero ese reino de Surlandia, en que coloca a sus personajes, no es un país desconocido para nadie. ¿Será, más propiamente, la eterna isla de los pingüinos? ¿Quién no conoce a Surlandia? ¿Quién no ha visto al general Mikri realizar su retirada heroica, en la cual da la vuelta al mundo, torna a su patria en dirección opuesta al punto por donde salió y es

recibido con delirantes aclamaciones de triunfo? ¿Quién no ha visto alguna vez al Príncipe Reginaldo pasear su grotesca omnisciencia, para asombro de habiecas? Todos los verbalismos idolátricos, todas las convenciones guiadoras y tiránicas hacen su mueca en esta cabalgata, a veces como piruetas de esqueleto junto a carrozas de gala, al modo de Alberto Dureño... ¿No vimos ya esa predilección fantástica del autor en un artículo que le fué premiado recientemente? La vida, para Cándido y el Ingenuo, como para Bouvard y Pécuchet, es siempre la historia de las desilusiones y los comienzos. ¿Acaso podríamos vivir, si no tuviésemos la lucha como consuelo, aun sabiendo que hemos de sucumbir en ella?

No quiero terminar sin fijarme en alguna deliciosa página que tiene vida íntegra separadamente de la totalidad de ese libro. Doy una infinidad de cuentos pretensiosos a cambio de aquella madre cruel, personificación de la dureza femenina en los momentos de delirio colectivo como la guerra. Vuelve moribundo de la batalla el hijo, desangrándose; pero la madre, heroica y ejemplar para las futuras generaciones, le dice ásperamente: «Prefiero verte muerto que fugitivo.» El hijo, como un espectro, vuelve a salir, bajo la noche fría, arrastrando a la muerte su cuerpo exangüe y mutilado, y grita por tres veces: «¡Maldita seas!»

Gabriel ALOMAR

## AFORISMOS Y DEFINICIONES

### IV

Un lector de nuestros Aforismos, a quien, por otra parte, le preocupa profunda y extensamente la propaganda que del pecado original está haciendo nuestro amigo don Ramiro de Maeztu, nos escribe, y alarmado, pidiéndonos, entre otras cosas, que le definamos el misticismo. Pues ahí es nada. ¿Definir el misticismo! ¿Antes la democracia o el humorismo!

Y por cierto que nuestro lector—que parece hombre nada lerdo y bastante culto—enlaza, no sabemos por qué, eso del misticismo con el pecado original, y nos pregunta si no será aquél algo así como un humorismo a lo divino. Nos cita, tomándolo de uno de nuestros escritos—es decir, nos recita—, aquella expresión que en su libro de la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*, capítulo XI, emplea el M. R. P. Fr. Juan de los Angeles, franciscano, cuando dice: «Yo para Dios y Dios para mí, y no más mundo.» A lo que, después de añadir: «¡acaparador!» nos pregunta nuestro lector si eso no es humorismo a lo divino. A lo que sólo le diremos que el codicioso fraile olvidaba la fórmula suprema de la fraternidad con que empieza la oración dominical diciendo: «Padre nuestro...», y no: «Padre mío...», y que har- to trabajo tendría si le dejaban a solas con Dios y sin mundo alguno y sin carne.

Nuestro inquisitivo lector, que conoce nuestras aficiones lingüísticas y que parece saber algo de inglés, nos pregunta, no sin su punta de sorna, si *mística* tiene que ver algo con el inglés *mist*, niebla. Acaso para los ingleses sí, pues resulta difícil desprenderse de esas asociaciones verbales, y nosotros conocimos, en efecto, un escocés que venía a España a estudiar el misticismo, y echaba de menos la *mist*. En cambio, a un alemán, *mística* ha de sugerirle su *Mist*, que quiere decir fiemo.

Y, por cierto, que no ha faltado doctor germano, de esos que saben griego,

que se ha permitido académicos y eruditos juegos de palabras entre *mysticos*, que significa lo relativo a los misterios o iniciaciones, y *misthios*, asalariado.

Le diremos a nuestro lector que en griego el verbo *myo*, de donde derivan *misterio* y *místico*, significa cerrar la boca o cosa que se le parezca. Y añadimos esto porque ese verbo empleaba uno que describía cómo la ostra de la perla puede cerrar sus valvas, coger entre ellas los dedos del pescador y cortárselos. Que es, en este caso, una acción mística.

El iniciado debe cerrar la boca, ya que en boca cerrada no entran moscas; cerrar la boca y abrir mucho los ojos y los oídos. En griego también, *eufemeo*, hablar bien, decir algo bueno, es callarse. Y el mayor eufemismo es callarse. Por lo que se habla de silencios elocuentes, como se dice que uno brilla por su ausencia.

El místico debe, como las aves de presa, abrir mucho los ojos y cerrar el pico cuando no se trata de devorar lo prendido. Ni el águila ni la lechuza cantan. Y nótese que las aves de presa pueden ser, o diurnas como el águila, de la que se dice que puede mirar al Sol cara a cara—corriendo un tercer párpado, dicen los concienzudos naturalistas que no toleran fábulas simbólicas—, o pueden ser nocturnas, como la lechuza. La una va en lo claro, pero no en lo turbio; mientras que la otra ve en lo oscuro, y no en lo claro. Y por eso es símbolo de la mística el águila de San Juan, el solitario de Patmos, y es símbolo de la ciencia la lechuza de Minerva. Y Minerva misma, o Atenea, tiene ojos de lechuza, ojos *glauco*; esto es, de *glauz*, o lechuza. La presa de la mística está en lo claro, como que es la claridad suma para la intuición vital, o sea Dios, el Sol de las almas, y por eso cuando el muy reverendo padre fray Juan de los Angeles dice «Dios para mí», le trata a Dios de presa y él se pone de águila que mira al Sol cara a cara. La presa de la ciencia, por el contrario, está en la oscuridad,

en lo que no ve el común de los mortales, y no puede mirar al Sol, a pesar de que los astrónomos le miren. El que mira por el microscopio suele ser a menudo miope. Y en esta palabra miope—*myops*—entra de nuevo el verbo *myo*, cerrar, y *ops*, que significa vista. El miope es, pues, el que tiene vista mística o cerrada, el hombre de ciencia, el que se pone bajo el patronato de la lechuza minervina. Y *myops* significa también el tábano. Y tábanos suelen ser los hombres de ciencia.

Andamos desde hace tiempo recogiendo informes para contar una cierta conversación que sostuvieron al encontrarse entre la isla de Patmos y Atenas, acaso en la isla de Tenos, el águila de San Juan y la lechuza de Minerva, contándose lo que habían visto, la una en el Sol y la otra en la noche. Lo que nos falta averiguar es cuál fué el ave humorística que trató de ponerles de acuerdo, porque nos consta que hubo tal ave. Y que así como el ave mística, el águila, mira al Sol, y el ave científica, la lechuza, mira a las tinieblas, a la noche cerrada y nublada, así el ave humorística contempla a la Luna tratando de descubrir su misterio. El ave humorística es, pues, un ave lunar o lunática, y el misterio de la Luna que trata de descubrir es el de lo que oculta en su espalda, o sea en su otra cara, en la que no nos da nunca. Con la diferencia de que el ave mística, el águila, suele creer que va a ver algo en el Sol, y el ave científica, la lechuza, se figura que ha descubierto algo en las tinieblas, mientras que el ave humorística sabe que nunca verá la otra cara de la Luna, y por eso se divierte en imaginársela y en jugar con ese misterio. Se propone problemas irresolubles a sabiendas de que lo son, y así juega la verdad y juega la vida. Y jugando es como se las crea.

Y a todo esto, lector amigo, los místicos y los científicos, los aguileros y los lechuzinos le llaman, con cierto retintín de lástima, ingenio, imaginándose acaso que ingenio es lo contrario de genio, y que lo ingenioso es lo contrario de lo genial. Lo genial es lo profundo, y lo ingenioso es lo extenso—lo largo o lo

anchoso—; creen ellos que están atendidos a esas categorías fisiológicas.

Aplicando ahora el Arte Magna combinatoria de nuestro don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón (v. nuestro *Amor y Pedagogía*), podemos decir que hay una mística de la ciencia o científica, y una ciencia del misticismo o mística; pero una y otra se disuelven en humorismo, o sea en juego genial y divertido. Y todo ello es diversión.

Diversión, del verbo divertirse, verse fuera del cauce, salirse de la corriente, es romper la diamantina vía del destino, quebrar la rígida consecuencia de la lógica—de la lógica científica o tenebrosa, o de la lógica mística o solar—, jugar a la libertad. Y como uno de los tres grandes breches de la libertad del espíritu son el tiempo, el espacio y la consecuencia—lógica—, el espíritu juega a la eternidad, a la infinidad y a la arbitrariedad, juega contra el Destino. Y desatina. Y he aquí por qué con profunda adivinación se les ha llamado lunáticos a los humoristas que, confundiendo la ciencia con la mística, se han buscado un refugio en el fuego de la sabiduría.

Decía Lucrecio que la piedad consiste en poder contemplarlo todo con alma serena, o más bien, apaciguada: *pacata posse omnia mente tueri* (*De rerum natura*, V., 1201), y la sabiduría humorística o simplemente sabiduría, pues la otra es ciencia o es revelación, consiste en poder mirarlo todo con alma retozona. Melancólicamente retozona. Consiste en jugar.

Ahora, que como si no tuviésemos bastante seriedad incapaz de juego, incapaz de sabiduría, con la mística pura y la ciencia pura, se nos ha venido ese subproducto de las industrias mística y científica combinadas, que se llama la sociología, de donde han salido el socialismo maximalista, el sindicalismo, el anarquismo y sus doctrinas contrarias. Y contra esa plaga sociológica, no menos dañina para la diversión del alma que la plaga pedagógica, no cabe más que el genial juego del humorismo.

Miguel de UNAMUNO

## LAS FOCAS DEL PARQUE

MI amigo Onofre, que acaba de llegar de un pueblecito andaluz y visita por primera vez nuestra gran urbe, me pidió:

—Llévame al Parque; quiero ver su colección de fieras.

Y al Parque Zoológico lo llevé. Poco antes de emprender el regreso nos aproximamos al estanque de las focas, y uno de estos mamíferos, encarándose con mi amigo, comenzó a aullar:

—¡Ofre! ¡Ofre!—parecía decir con aquellos sonidos inarticulados.

—Cualquiera diría que te llamaba—dijo a mi amigo.

—Estás loco—respondió—; no tengo relaciones en el reino focáceo.

Pero como la foca siguiera aullando, sin dejar de mirar a mi amigo, éste se sintió molesto y me propuso que nos fuéramos. Nos retirábamos y aún la foca continuaba rugiendo, con una especie de gritos guturales:

—¡Ofre! ¡Ofre!

Por la tarde, olvidados de este incidente, paseábamos por una de las calles más céntricas de la ciudad. Un muchacho menudito y desmedrado de cuerpo, moreno y jovial, se nos acercó:

—Buenas tardes, don Onofre y la compañía—dijo a mi amigo, con acento profundamente andaluz.

Mi amigo me lo presentó. Era el «bo-

tones» y limpiabotas del Casino de su pueblo.

El muchacho, cortés, se me ofreció, y dirigiéndose a mi amigo, dijo:

—Ya lo había saludado a usted esta mañana, don Onofre.

—¿Esta mañana? No recuerdo...

—Sí, señor. ¿No recuerda aquella foca que en el Parque le gritaba: «¡Ofre! ¡Ofre!»? Pues aquella foca era yo...

Mi amigo abrió unos ojos desmesurados. Yo reía a mandíbula batiente.

—¡Pero es posible!—articuló Onofre.

—¿Qué quería usted que hiciera, señorito? ¡Están las cosas tan malas! No encontraba colocación... Y allí me dan todos los días cuatro pesetas, como cuatro luceros, por hacer de foca.

—¿Y es bueno el oficio?

—Muy bueno y descansado, señorito. Ahora, que el primer día pasé un susto...

Me vistieron de foca y me fui al estanque... A poco de entrar en él, se vino hacia mí una foca grande, muy grande...

Yo no sabía si sería una foca de verdad... Pero me tranquilicé cuando, ya cerca de mí, me preguntó: —Oye, ¿cuánto te dan a ti?

Desde entonces, siempre que contemplo uno de estos mamíferos carnívoros marinos, foca o morsa, me parece oírle gritar en sus rugidos: —¡Ofre! ¡Ofre!

José María DE ACOSTA



# LÍRICA MODERNA AMERICANA

## La ronda

«Juguemos a la ronda,  
la ronda y el rondón.»

En el florido patio los niños van en ronda  
cantando su canción,  
y al escucharlos siento que la añoranza ahonda  
dentro mi corazón.

Una extraña amargura, como un eco olvidado,  
me viene a despertar;  
y ante la canción vieja repite mi pasado  
su doliente cantar.

¿Por qué la tonadilla que antaño me alegrara  
tiene hoy tan triste son?  
¿Dónde están mi entusiasmo, mi inocente algazara,  
mi infantil corazón?

¿Esta inquietud perenne, esta sombría duda  
que conmueve mi ser,  
esta tristeza, huésped que de mí no se muda,  
dónde estaban ayer?

¿No es la canción la misma canción que yo cantaba,  
alegre de vivir?  
¿Es que tengo otro espíritu, que entonces se ocultaba,  
dejándome reír?

¡Anima triste y frágil! ¿No sabes conocerte  
en la canción de ayer?

¿En la jocunda ronda no iban también la Muerte,  
la Duda, el Padecer?

¿O es que tienes dos almas para verte en la Vida,  
¡oh, pobre Humanidad!,  
y una de ellas, la alegre, pasa desconocida  
a la madura edad?

¿Por qué no enfrentas tu alma al Tiempo y al Destino?  
¡No importa tu sufrir!  
¡Sobre la muerta rama aún desata su trino  
el ave del vivir!

Únete a la algazara de la chiquillería,  
canta y juega otra vez;  
volverás a ser niño dentro de tu sombría  
e inquieta madurez.

Y piensa que mañana—ese oscuro mañana  
que te hace temblar—,  
la vieja tonadilla retoñará lozana  
en este mismo lar.

Y cuando ya no seas, y en la calma más honda  
duerma tu corazón,  
tus hijos, de la mano jugarán a la ronda  
cantando la canción.

¡Piensa, poeta, en esta santa consolación!

«Juguemos a la ronda,  
la ronda y el rondón!»...

José GALVEZ

## Petición

¡Ten compasión, Señor, de los bardos librescos,  
boscicos y artificiosos doctores de la rima!  
aquel que ordeña vacas y aquel que planta viña.  
Se merecen su pan, como el que ara campos,

Si buscan en los libros lo que no dan los libros  
con tanta ingenuidad, no lo toméis a risa.  
¿Ellos qué culpa tienen, si sólo entre los libros  
encuentran el calor sublime de la vida?

¡No permitas, Señor, que se mueran de hambre  
esos profesionales sesudos de la rima!  
Haz que les nazcan rabos, como a los grandes simios,  
para que en exhibirse puedan ganar su vida.

Quizá de esta manera retornen a la fuente  
de fuerza original y gracia primitiva;  
la que no está en los libros oratorios y graves,  
donde aprenden los monos a fabricar poesía.

Federico MORADOR

## En una sola palabra

En una sola palabra  
puso todo su desdén  
aquella mujer amada.  
Yo tengo esa palabra  
clavada  
como un alfiler  
en la mariposa de mi alma.

Llegan los navíos y entran en el puerto  
de mi alma,  
dejan una estela, quedan un momento...  
Los grandes barcos  
anchos y abiertos  
no pueden anclar en mi alma;  
llegan y se van.  
Pero los pequeños  
anclan y se quedan...

Ildefonso PEREDA VALDES

## Con la Luna

Luna mía, Luna mía,  
hermana sentimental:  
tú que conoces mi mal,  
escucha esta letanía.

Cuando tu luz blanca y fría  
armíe su ventanal,  
dile a la novia ideal  
que la adoro todavía.

Y si acaso se importuna  
con mi recuerdo la ingrata,  
¡tú, que eres tan buena, Luna!,  
para calmar mi aflicción,  
clávale en el corazón  
tu agudo puñal de plata!...

Pablo AGUIRREZABAL

## Tiento sobao

¿Que quién jué el curioso  
que me dió este perro?  
Naides; estos bichos, como el hombre zongo,  
cuando los halagan se dan ojos mismos.

Jué en un mes de agosto  
de no sé qué invierno,  
muy pocos días antes de morir de flaco  
mi caballo overo,

que cayó a mi rancho  
maltrato y rengo,  
y clavó en las mías sus pupilas tristes,  
sus pupilas yenas de sombra y misterio.

¿Que de ánde vendría?  
¡Vaya uno a saberlo!...  
¡Puede que viniese, como yo, del pago  
de los desengaños y de los recuerdos!

Le tiré una achura,  
y, aunque estaba hambriento,  
sin hacerle caso, me miró de un modo,  
como si dijera: «No vengo por eso.»

Aunque sea zoncera,  
pensé yo por dentro:  
¡Quién sabe, estos bichos no sufren de amores  
y, como al cristiano, los matan los celos!...

Y viendo en tropiña  
venir mis recuerdos,  
le hice unas caricias, y, dende esa tarde,  
pa los dos alcanza mi pan y mi techo.

Mientras tomo mate  
s'echa cerca el juego,  
y cuando al dormirse siento que soyoza,  
como si al pasado lo volviese el sueño,

se enrieda en la trenza  
de mis pensamientos  
este tiento, suave de tanto sobarlo:  
Mujeres y perras... tuñas son lo mesmo.

EL VIEJO PANCHITO (poeta popular uruguayo).

## La ruta

I

Se abre a mis ojos calmos magnífico el camino.  
Yo me creo un esbelto arriero montañés:  
marcho tranquilamente, sin tino ni destino,  
al azar de mis sueños y al azar de mis pies.

Voy deshojando al viento mis ilusiones nulas  
por las rutas mojadas, con mi blusa de dril;  
marcan sus doce cascos mis tres vetustas mulas;  
pinta sus paralelas mi carreta senil...

Voy cantando mi copla por la senda desierta;  
me sigue un can de guardia, mi perro «Cololón»;  
no hay campesina alguna que me espere a la puerta,  
y no llevamos prisa, ni mis bestias ni yo...

Yo me digo que acaso, entre tanta mentira,  
es este campo mudo mi sola realidad...  
Y, en éxtasis, pregunto, sin tristeza ni ira:  
—¿Mi ayer fué una mentira?... ¿Fué acaso una verdad?...

Y, cual una respuesta a mis ojos esquivos,  
como heraldos callados de un sol primaveral,  
tres golondrinas dejan sus puntos suspensivos  
en la página en blanco de un cielo de cristal.

Y, al azar de mis pasos por los campos honrados,  
sin pensar ya en mujeres, pienso en una mujer:  
en la mentira verde de sus ojos mojados  
y en la mentira rubia de su abrazo postrer.

Y el campo, el campo largo, me dice: —¡Qué te im-  
Prosigue por tu ruta, al azar de tus pies. [portal  
¡La vida, dolorosa o alegre, larga o corta,  
y a pesar de sus largas horas, qué corta es!

Refresca allá en las aguas mansas de la cañada  
tus mejillas, que soles ardientes tostarán,  
y duérmete, en la noche profunda y perfumada,  
enfrente de tu estrella, al lado de tu can.

II

Que mi estrella me guíe y mi perro me siga...  
Proseguiré mi ruta mañana, con el sol...  
Llevaré mi carrete, mis mulas, mi cantiga,  
mi corazón de indio, mi sangre de español...

Y después, ya veremos... Que mis pasos inciertos,  
aunque inciertos, avancen... (¡Señor, no pido más!...)  
¡Y volveré a la vida con los ojos abiertos,  
que, aunque la vida es corta, aún es tiempo, quizás!

Por ahora, mi carreta, mis mulas, las esquilas,  
mi viejo perro flaco... Sus patas y mis pies  
y las pesadas ruedas, por las rutas tranquilas,  
por ahora... Por ahora... Ya veremos después...

Pablo MINELLI GONZALEZ

## A Rodó

Armonioso Maestro de la dulce pragmática;  
excelso hierofante, mágico apolonida,  
todo luz en la mente, todo amor en la vida:  
que Cibeles, propicia con tu alma hierática,

la conduzca a Helicon; que los manes del Atica  
tutelen las primicias de tu alma elegida,  
y los Genios que velan en la senda escondida  
guíen tu noble esencia tras la sombra enigmática.

Que la célica Dea cante el verso inspirado,  
y el pifano y el sistro y el salterio sagrado  
eleven sus acordes en un psalmo augural.

Que las Gracias te acojan con materna dulzura,  
y que siempre haya mirto cabe tu sepultura,  
¡artífice armonioso de la eurythmia inmortal!

Américo ANIBAL MARIANI



# EL PACHA Y SU HIJA

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

ALLÁ, en Turquía, vivía un pacha llamado Yusuf. A Yusuf le gustaban cuatro cosas en este mundo: beber café negro, amargo y caliente; fumar en pipa tabaco de Esmirna; cobrar impuestos en nombre de su amo el sultán, quedándose con la mitad de los ingresos y mandando apalear a quienes no podían pagar, y contemplar a su hija, Estrella de Oro.

Como estas ocupaciones no eran agobiantes, que digamos, Yusuf se pasaba los días cruzado de piernas y brazos sobre una alfombra mullida.

En cuanto a Estrella, bien merecía la admiración y el cariño de su padre, pues, excepto en lo físico—ella era divinamente bella y él bastante feo—, se le parecía en todo; sus ocupaciones consistían en dormir, mirarse al espejo, comer dulces de rosas, beber refrescos de granada y abofetear a sus esclavas cuando no la servían a gusto suyo.

Pero un día, el pacha cayó en desgracia, fué desposeído de toda su fortuna y recibió la orden de abandonar la provincia que había gobernado como dueño y señor.

Pobres y rechazados por todo el mundo, Yusuf y su hija se fueron con la música a otra parte; no tenían qué comer, y, lo que era más grave, no disponían de medios para ganar un pedazo de pan.

Errando por las calles, Yusuf vió un buen día una hilera de hombres que transportaban desde un carro hasta una tienda enormes y pesados cántaros llenos de aceite; por cada viaje les era entregada una moneda de cobre; Yusuf se puso en la fila; él también recibió un cántaro. Pero, ¡ay!, no estaba acostumbrado a transportar cargas pesadas: resbaló, cayó y el cántaro se hizo añicos. El dueño de la tienda acudió, furioso:

—¡Imbécil!—voceó—. ¡Me debes cincuenta monedas de oro!

—¿Y de dónde las sacaré, pobre de mí?—gimió el infeliz.

—¡Si no pagas con tu dinero, pagarás con tu cuerpo!

Y Yusuf fué apaleado, siguiendo el sistema que él empleó tantas veces con quienes no podían pagar los impuestos.

Contuso y maltrecho, volvió a su casa. Esta aventura le hizo reflexionar:

—Hice mal—pensó—en tomar un oficio tan rudo; nosotros, los ministros, servimos sobre todo para desplegar maña, habilidad y para charlar.

Y se hizo barbero. Los primeros tiempos todo iba bien; el nuevo aprendiz de barbero traía todas las noches a su hija los cuartos, que le permitían comprar la mísera comida para el día siguiente. Pero un día, durante la ausencia del dueño, entró en la barbería un ilustre personaje: era un enano, jorobeta, calvo y tuerto; nada menos que el bufón del pacha de la provincia.

Mientras Yusuf le afeitaba, el bufón se entretenía en tirarle del pelo, hacerle cosquillas y darle puntapiés, de tal modo, que el barbero hizo un movimiento en falso... y su navaja se llevó media oreja del venerable parroquiano, el cual se puso hecho una fiera, jurando por su joroba que su amo el pacha le entregaría la cabeza del torpe barbero.

Yusuf se vió perdido; salió de la tienda como un cohete, corrió a su casa, agarró de un brazo a Estrella, aterrada, y los dos huyeron hacia la montaña.

Allí hallaron colocación en casa de un

granjero, que encargó al padre llevarse sus rebaños a pacer, mientras la hija ordeñaba vacas y cabras.

Un día, un cazador perdido llamó a la puerta de la granja, pidiendo hospitalidad: era el hijo del sultán. Mientras el granjero arrojaba un leño en la chimenea y el pastor cortaba una buena tajada de queso blanco, Estrella le trajo una escudilla de barro llena de leche, y luego siguió hilando, como persona trabajadora y formal. Mientras bebía, comía y se calentaba los pies, el cazador no le quitaba ojo a la bella hilandera, y tan enamorado quedó, que anunció a sus pa-

do. ¿Será barbero, o bordador, o sastre?

—¡No es nada y lo es todo, puesto que es hijo del sultán!

—Entonces—declaró el pastor—no me conviene por yerno. Yo no puedo dar mi hija a un hombre incapaz de ganar su vida y la de su familia.

El sultán estaba aquel día de buen talante, y en lugar de incomodarse cuando le contaron este hecho inaudito, lanzó una carcajada jovial:

—¡No te apures, tonto!—dijo a su hijo, sin dejar de reír—. Voy a enviar a la montaña a unos cuantos jinetes, que te traerán a la hilandera. En cuanto a

pueblo vecino y entró de aprendiz en casa de un fabricante de alfombras; como era más listo que muchos, al poco tiempo adquirió tal habilidad, que hacía alfombras magníficas y valiosas. Las vendió, y fué a presentar a su futuro suegro el precio de su labor.

—Has escogido un buen oficio—dijo Yusuf—. ¡Ojalá lo hubiera yo aprendido siendo pacha, y no me hubiera visto reducido a hacerme pastor.

Y refirió al príncipe, estupefacto, la historia de su vida.

El sultán sintió un verdadero alivio al enterarse de que ni su nuera era una vulgar hilandera ni su consuegro un auténtico pastor, y tal fué su alegría, que perdonó a su antiguo ministro.

Alí y Estrella se casaron y vivieron muy felices, y más feliz que ninguno vivió Yusuf, que apreciaba doblemente una fortuna y unos honores basados sobre el trabajo y el esfuerzo propio. No obstante, de vez en cuando Alí le decía:

—Ya ve usted, papá suegro, que ahora no me sirve para nada el haber aprendido a hacer alfombras.

—¿Quién sabe lo que reserva la vida, hijo mío?—contestaba el antiguo pastor.

Tenía razón. Un día en que, según su costumbre, Alí había ido de caza, entró en una posada aislada, donde le servieron suculenta comida. De pronto, se abrió en el suelo un ancho boquete, y mesa, cubierto, silla y huésped cayeron a una cueva, donde diez bandidos armados se apoderaron del príncipe, le despojaron de su dinero y se disponían a matarle, cuando Alí exclamó:

—En lugar de asesinarme os conviene más dejarme con vida, pues poseo gran habilidad para hacer alfombras, y podría fabricar valiosos tapices para que los vendierais a buen precio.

Los otros encontraron el razonamiento muy justo. Le dejaron la vida, y Alí empezó a tejer alfombras, que los bandidos vendían a alto precio, lucrándose así a expensas de él, mientras el joven veía, de vez en cuando, acuchillar ante sus propios ojos a otros huéspedes menos afortunados.

Y al cabo de unos meses de aquella existencia en la cueva de los bandidos, Alí tuvo una idea: al fabricar una alfombra, más hermosa que ninguna, formó con lanas de colores letras, que en aquel país parecen dibujos, y que a los ojos de los bandidos, analfabetos, se confundían con los arabescos del tapiz.

—Esta alfombra—dijo cuando la concluyó—valé un dineral; debéis vendérsela al propio sultán.

Y así lo hicieron los bandidos; el sultán compró, en efecto, la magnífica alfombra, y he aquí que tan pronto como Estrella vió el tapiz lanzó un grito.

—¡Esto lo ha bordado mi marido! ¡Sólo él tiene tal habilidad!—dijo, y, llena de emoción, descifró la inscripción, que refería la aventura del príncipe e indicaba el lugar de su cautiverio.

Alí fué todo un escuadrón de soldados, sorprendieron a los bandidos en el momento en que se disponían a matar a una nueva víctima, los apresaron y libertaron al príncipe.

Desde entonces, nunca volvió a preguntar Alí la utilidad de haber aprendido un oficio, al que debía, primero, la mano de su amada esposa; luego, la vida, y, finalmente, la libertad.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



dres que se mataría si no le consentían casarse con la hija del pastor de la montaña.

El sultán conocía sus deberes de padre, y una tarde envió un emisario al viejo pastor.

—¡Granuja!—le dijo, arrojándole a la cara una bolsa de oro—. El hijo del sultán te ha hecho el honor de enamorarse de tu hija. Venga la moza, toma este dinero y desaparece para siempre del país.

El lex pacha no se movió:

—¿Y qué hace el hijo del sultán?—preguntó con tranquilidad.

—¿Qué va a hacer un príncipe mas que divertirse, cazar y gastar dinero?

—Lo que quiero saber es cómo gana ese dinero. ¿Qué oficio tiene?

—¡Imbécil! ¿No te digo que es hijo del sultán?

—Eso es lo de menos; yo deseo conocer su oficio. ¿Acaso es herrero, carpintero, cerrajero o mozo de cuerda?

—¡Nada de eso, triple idiota!

—Sin duda ejerce un oficio menos ru-

ese pastor estúpido, le reservo un argumento decisivo.

Y, siempre riendo, hizo un movimiento con la mano, que simulaba el gesto de cortar una cabeza humana.

Pero Alí, su hijo, no quería deber su amada a la violencia.

—¡Permíteme que yo solo llevé a cabo este asunto, papaito!—suplicó.

Y, seguro de enamorar a la hilandera en cuanto se presentase, se encaminó hacia la montaña. Pero Estrella no le vió, ni él vió a Estrella, pues el prudente pastor la tenía cuidadosamente encerrada.

—No te canses, joven—dijo Yusuf al príncipe—. Si intentas llevarte a mi hija por fuerza, yo la mataré con mis propias manos antes que consentir que se case con un hombre inútil, incapaz de mantener su hogar con su propio esfuerzo. Si te la quieres llevar por las buenas, aprende un oficio, y luego hablaremos.

Alí comprendió que la resolución del pastor era inquebrantable; se fué a un



# EL PASADO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE J. ORTIZ DE PINEDO

I

—No quiero el coche. Tengo ganas de estirar las piernas.

Saludó a la institutriz con leve inclinación de cabeza. Etelvina se levantó.

—No, no se moleste.

Volvió a sentarse.

—Pepe: esta señora es la que va a encargarse de las niñas.

—¡Ah, las niñas!... Muy bien... Sí, sí; que se encargue. Yo voy a ver a Alfon-

—No. ¿Cuál de ellos?

—Agustín. Pues se está muriendo. Ese, de veras. Y es lástima. Agustín es muy simpático, ¿verdad? Muy simpático. Seré tiré que se muera. Bueno; hasta luego.

Se dirigió a la puerta. En ella aparecieron, bulliciosas y alegres, las dos niñas.

—¡Papá!

—¡Papá!

—¡Oh! ¡Son preciosas, preciosas!...

Catalina sonrió, halagada.

—Pero muy traviesonas. Ahora es necesario encarrillarlas. Carmita, María Luisa: esta señora os va a enseñar francés, inglés y otras muchas cosas. Veremos si aprovecháis el tiempo.

Convinieron las condiciones de la lección. El precio era mucho más espléndido de lo que Etelvina pudo imaginar.

Desde el día siguiente comenzaría el trabajo. Salíó gratamente impresionada, seducida por la cariñosa amabilidad de la señora. Al otro día, dando las nueve, entró en el hotel. Sus nuevas discípulas la recibieron muy serietitas, muy formales. Parecía imponerles un poco, más que la falta de confianza, la gravedad de la profesora. Ninguna se atrevió a reír, ni aun a moverse, como solían. ¡Y quién pensaba en jugar mientras durase la lección, como tantas veces antes durante otras lecciones! Había que guardar la mayor compostura. María Luisa, particularmente, extremaba la nota de rigidez. Clavada en la silla, la graciosa cabecita inmóvil y escuchando sin pestañear, recordaba la tiesura cómica y encantadora de una muñeca de bazar.

—No es necesario — profirió dulcemente Etelvina — que estéis sin moveros todo el tiempo; cambiar de postura cuando os canséis. Lo importante es que prestéis atención a cuanto os digo.

En vista de esto, Carmita rebullía un poco más, y María Luisa, sin perder el miedo aún, alzaba una mano o torcía la cabeza con movimiento de muñeco mecánico.

No duró muchos días semejante circunspección. Pese a la seriedad de su gesto, Etelvina supo ganar fácilmente la simpatía de las nenas hablándolas con cariño, animándolas en sus vacilaciones al responder, acariciándolas alguna vez. Las discípulas se convencieron pronto de que aquella señora tan seria no iba a comérselas, como los ogros de los cuentos, y obtenida esta conclusión, comenzaron a mostrarse cual eran, alegres e inquietas, aunque dentro de la buena compostura. Maestra y discípulas salían algunas tardes en el auto a dar un paseo, que, burla burlando, era una prolongación de la clase. En medio de la charla de las niñas, pues ella hablaba poco, aparecían frecuentemente las preguntas de la profesora o sus explicaciones, que venían a afirmar los conocimientos adquiridos.

Por encargo de su madre, Carmita y María Luisa fueron un domingo a ver a la hija de la institutriz. La llevaron dulces y unas estampas. La niña de Etelvina, de ocho años, muy espigada, había sacado algo del aire materno. Tenía los ojos serios, el semblante sin animación. Hablaba con gravedad impropia de su edad. Parecía una niña sin niñez.



sito. Creó que no tiene nada, ¿sabes? Es un aprensivo feroz... Si como en el Casino te lo diré por teléfono.

Iba de un lado a otro, distraído, hablando sin mirar a su mujer. Se detuvo en uno de los balcones.

—¿Hace frío? Usted que viene de la calle, ¿hace frío?

Etelvina se apresuró a contestar:

—No; no, señor.

—¿Te dije que un chico de Valderrama se está muriendo?

Le tendían los brazos pidiéndole un beso.

—¡Hola, buenas personas!—dijo, besándolas; y volviéndose un punto: —Aquí tenéis a vuestra profesora. Ya podéis respetarla.

Desapareció. Carmita y María Luisa—seis y cinco años, respectivamente; ambas, rubias y lindísimas, vestidas de claro—aquietáronse un poco, mirando con curiosidad a la desconocida. Etelvina se acercó a acariciarlas.



Carmita y María Luisa, estaban encantadas con la visita al colegio. De buena gana se hubieran quedado allí un par de días, satisfechas de la novedad. El patio de recreo, que se veía desde el salón de visitas, les hizo una impresión tremenda. ¡En un patio tan grande y con tantas niñas, qué bien se debía de jugar!

Salieron del colegio entusiasmadas, contando luego a su mamá la visita con los menores detalles. Pero aún más que a las niñas alegró ésta a la institutriz. La bondad con que la trataban en aquella casa llenábala de gratitud. Parca en palabras, siempre que era objeto de alguna generosidad o prueba de afecto, limitábase a murmurar un «Muchas gracias, señora»; pero en la humildad y tristeza del acento y el semblante advertíase claramente que la conmovían tales bondades. María Luisa, al mes de entrar en casa la institutriz, se atrevía a interrogarla como a su propia mamá, sin que por eso perdiera el respeto profundo que Etelvina sabía inspirarla. Un día la dijo, graciosa y atropelladamente:

—Señora, ¿usted no sabe reír? ¿Por qué no se ríe usted nunca? Yo todavía no le he visto reír... Ya ve usted, mamá cómo se ríe algunas veces... A ver si usted también se ríe... ¿O es que no está usted contenta?

En los labios de la profesora asomó una sonrisa, que quiso hacer alegre y era triste. Pero dijo a la niña muy dulcemente, acariciándole la cabecita:

—¿Quieres tú que me ría? Pues estoy muy contenta, créeme, muy contenta. Pero las personas no somos iguales. Yo soy así... seca.

La explicación no acabó de convencer a la penna, que quedóse mirando a la profesora con sus grandes ojos inocentes llenos de extrañeza. No comprendía que nadie pudiese vivir, como doña Etelvina, sin reírse nunca. ¡Ella, que, como Carmita, reía a todas horas, reía siempre, unas veces con motivo, otras no sabía por qué!

¿No sabía reír, como opinaba María Luisa, o habría perdido, por carencia de motivos, la costumbre de ello? Lo cierto es que el semblante de la institutriz cubriase de ordinario con la misma grave serenidad. Era uno de esos rostros opacos, impasibles, un poco misteriosos, bajo la lumbre quieta de las pupilas y con el pliegue frío de los labios. Había en él algo de esfinge.

## II

En la puerta del Casino topó con el marqués de San Fortunato, que iba al Senado. Estaban ocupadísimos con el debate de las subsistencias. El marqués jamás exponía la menor interpelación ni consumía el turno más fugaz; pero oyéndole, parecía que la obra legislativa no podía sin su concurso dar un paso. En vano Pepito Hontanares quiso retenerle. Imposible. Las subsistencias... Y tomó corriendo el auto, que le esperaba a la puerta. Hontanares subió a los salones, cambiando saludos a su paso. Conocía a todo el mundo, a todos era simpático. Algo insustancial, en opinión de algunos; terriblemente egoísta, incapaz de pensar en nada que no fuese su partida de tresillo o de ajedrez, sus noches en el Reina Victoria y sus excursiones cinegéticas: las tres cosas más serias de su existencia.

En un rincón estaban Crisanto Peláez, Alfonso Biedma y Patricio Redondo. Se sentó con ellos. Pidió un té. Hablaban de mujeres. Peláez sabía la historia de casi todas las mujeres de Madrid que la tenían, y gustaba de referirlas con cierta gravedad de historiador. El tema no podía ser más del agrado de

Pepito Hontanares, gran amorador, que iba encontrando demasiado melancólico el otoño de su donjuanismo. A falta de aventuras vividas, hallaba un deleite especial en las narradas.

—Venga, venga de ahí, Crisantito. ¿Qué historia es esa?

—Les hablaba a éstos de la Rosario Toro, una camarera que estuvo hace años en Candela. Alta, morena; preciosa de veras. ¿La conociste tú?

—Es posible —repuso Hontanares—. Pero necesitaría una tanta memoria... ¿Y qué le pasó a esa Rosario?

—Le pasaron muchas cosas. Entre ellas, que conoció a un tal Cañero, y la quitó inmediatamente del café. Se enamoró de ella como un bruto. Cañero era un solterón con muchísimas pesetas, un poco estrafalario y muy amigo de viajes. Conocía medio mundo. A los dos o tres meses de vivir con ella se le ocurrió dar una nueva vuelta por el planeta, y se fueron a París, a Londres, a Nueva York... Pensaron tardar seis meses en volver y tardaron seis años. Cuando volvieron, Cañero se murió de repente en la calle.

—Y la amiga, heredó —dijo Biedma.

—¡Cá! La amiga se quedó en ayunas. Pero pronto encontró al sucesor: un individuo, cuyo nombre no recuerdo, que, haciéndole dar otro salto, como Cañero, se la llevó a Buenos Aires. Lo que pasó allí no se sabe; pero la Rosario, antes del año, volvió sola a España y empezó a rodar por Madrid. La historia se pierde desde entonces. Por lo menos, yo no la conozco. Pero me han contado el final, lo que pareció el final. ¿Sabéis dónde está ahora la camarerita? Pues muriéndose en una cama del Hospital General.

—¡Caramba! ¿Qué final tan patético! —exclamó Hontanares.

—¡Una lástima, sí! ¿Qué mujer tan bonita era!

—¿No sabía esa Rosario —dijo Redondo— una que estuvo con el general Sampedro en Melilla haciendo la campaña? Porque esa también fué camarera, y oí decir que había vivido en el Extranjero.

—¿Quién sabe! —repuso Peláez—. Es posible.

—Camareras, camareras... —murmuró Biedma—. Yo recuerdo también algo de una, famosa, metida luego a corredora de alhajas. Gran mujer. Gallega. ¿Cómo se llamaba?... Bueno, pues aquella tuvo mucha suerte. Estaba relacionada con lo mejor... Y tengo una idea de que también se fué al Extranjero. ¿Pero cómo se llamaba, que no me acuerdo? Porque podría ocurrir que se llamase así: Rosario.

Se habló de otras mujeres. Peláez comenzó una nueva historia, más interesante en su opinión. Se trataba de una actriz retirada de la escena, mujer soberbia también, que tuvo que ver con un torero, y que luego...

La historia se interrumpió porque llamaban a Peláez al teléfono. Cuando volvió a reunirse con sus amigos, Hontanares y Biedma habían aceptado la invitación de una partida de tresillo. Sólo Redondo pudo escuchar la historia, que Peláez refirió sin gran complacencia, porque gustaba de tener numeroso auditorio para sus relatos.

## III

Días después subía Peláez la Castellana dando un paseo, cuando se detuvo de pronto, asombrado. ¡Parecido más extraordinario! Juraría que aquella mujer que se acercaba caminando muy lentamente era la Rosario Toro, la camarera de Candela, la que estaba muriéndose en el Hospital. Dos gotas de agua. Pero, no... Era ella misma, la propia Rosario; estaba segurísimo de no equivocarse...

Su cara, sus ojos, su expresión desdenosa... Era ella, era ella... La del Hospital tenía que ser otra.

Y como ya se cruzase con él, Peláez la abordó, ardiendo en curiosidad, por saber a qué atenerse.

—Rosario... Rosario...

La dama se detuvo. Le miró fríamente, y dijo con gravedad y aplomo:

—Creo que se equivoca usted, caballero.

Peléez se disculpó, llevándose la mano al sombrero:

—Perdón, entonces, señora. Pero hubiera jurado...

La dama siguió andando, impasible. Peláez vió, parado junto al paseo, el auto de Hontanares. Se acercó a preguntarle al mecánico:

—Oye, Jaime: ¿es que están por aquí tus amos?

—No, señorito Crisanto. Están sólo las niñas. ¿No las ve usted ahí jugando? Han venido con la institutriz.

—¡Ah, la institutriz!... Que es esa señora que va por ahí sola, ¿no?

—Esa; sí, señor.

—¿Y sabes tú cómo se llama?

—¿No he de saberlo? Doña Etelvina.

Peléez quedóse pensativo.

—Doña Etelvina... Muy bien... Pues quédate con Dios.

—Adiós, señorito.

—Doña Etelvina... No está mal... —Fuese pensando Peláez—. Claro; ha querido quitarse el nombre... O se lo quitó cuando estaba en Candela, y se llama Etelvina efectivamente. ¡Vaya usted a saber!... Lo indudable es que esta individuo no se está muriendo, ni mucho menos. Unos cuantos años más encima; pero tan guapa como entonces; ¡caray! O más guapa todavía... Vaya, vaya con doña Etelvina. Pues es cosa de decirle a Pepito la gente que tiene en casa. Es un deber de amistad. ¡Buenas enseñanzas podrá dar doña Etelvina a las chiquillas de Pepito!

Peléez era padre también, y toda su paternidad se sublevó de pronto. ¡Digo!... ¡Poner a dos criaturas en manos tan peligrosas! Y por la frente de Peláez pasó la visión pretérita de casa Candela, cuando doña Etelvina, digo, la Rosario Toro, cruzaba entre las mesas, en alto la bandeja repleta de servicios, erguida y desdenosa, con su gesto de emperatriz. ¡Qué guapa y qué fresca estaba la india! ¡Y con qué desprecio miraba, pulverizándole con los ojos, al que trataba de propasarse! La Rosario era realmente una chica formal. Nadie podía contar nada de ella. Nadie contó nada hasta que apareció en escena aquel Cañero. Y no porque la faltasen proposiciones rumbosas. Cierta «as» del toreo anduvo tras ella, sin conseguir otra cosa que el que le pusiera el servicio delante cuando pedía café. También se habló de un marquésito... Pero, por lo visto, ella no estaba por los «pipiolos», sino por la gente seria. Peláez frunció el entrecejo al recuerdo de que él también, hecho un cadete, trató de rendir la fortaleza. Más de un sofión se había ganado de la invulnerable camarerita. Tanto, que llegó a hacerse profundamente antipática, acabando por dejar de ir a Candela sólo por no verla la cara. ¡Niña más fastidiosa! Pues había allí mismo otras tan guapas como ella; conque, después de todo, no era para que se pusiese tantos moños. Pero, en fin, por no verse en la necesidad de decirle cuatro frescas que la escociesen, dejó de tomar café en Candela, trasladándose a otro establecimiento de camareras más complacientes.

¿No habría más de venganza que de impulso moral en la advertencia que pensaba hacer a Hontanares? La conciencia, muy quedo, le decía que sí. Pero Peláez se hacía el sordo. Doña Etelvina iba a pagar los sofiones que la Rosario Toro le había largado. Peláez, que profesaba una filosofía tolerante para todas las cosas de la vida, era, en cuestiones de faldas, de un amor propio inabundable. Mujer que se la hacía, se la pagaba. ¡Pues no que no! ¡Despreciar a él! No sabía la Rosario con quién gastaba el dinero.

La evocación dejó melancólico a Peláez, que, como Hontanares, sentíase en el ocaso de su donjuanismo. De allí que, de algún tiempo a esta parte, se levase fácilmente ante cualquier espectáculo desmoralizador. El diablo aún no se metía a fraile, pero andaba ya rozando el convento. Cuando a la tarde siguiente encontró a Hontanares en el Casino, se apresuró a decirle, en un tono grave, casi sacerdotal:

—Mira, Pepito: tengo que decirte una cosa muy desagradable.

—Pues no me la digas, hijo. Tú sabes que me molestan las cosas desagradables.

Y era verdad. Hontanares huía de cuanto pudiera proyectar sombra sobre su vida feliz.

—No, no; se trata de una cosa seria, muy seria: de la institutriz de tus chicas.

Hontanares se echó a reír.

—¿Qué le pasa a la institutriz?

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...

—¿Qué qué le pasa? ¿Tú sabes qué es esa señora?

—No. Mi mujer sí lo sabe. Se la recordaron unas amigas; no sé quién...



Peláez murmuró:  
—Phs!... No me acuerdo... Creo que no.  
Salieron a la calle para dar una vuel-  
ta a pie.  
Montanares disertó un poco acerca de  
los cafés de camareras. Nunca habían  
sido su fuerte. Encontraba ridículo eso  
de intentar una conquista desde una me-  
sa a veces en competencia rabiosa con  
los parroquianos. No le iba aquel pa-  
sivo. Peláez, paladín de los cafés  
camareros, rompió una lanza en honor  
de ellos.  
—No, chico; se pasa un rato, se toma  
como en cualquier otro sitio, y siem-  
pre con la ventaja de la cara de la ca-  
marera, en vez de la del camarero. No  
hace poco. Y en cuanto a lo demás, yo he  
visto amiguitas camareras que riete tú  
en los mercados orientales.

Montanares cambió la chachara brus-  
camente, preguntándole por el coto que  
habían en tratos varios amigos cazado-  
res. Luego, hablaron de teatro. Después,  
de política. Sobre ningún tema paraban  
mucho tiempo la atención. Se despedie-  
ron en la Carrera, quedando en verse  
aquella noche en el Reina Victoria. Da-  
rán la ciento cincuenta representación  
de *La Corte de los Césares*. Tanto Hon-  
tanara como Peláez se la sabían de me-  
moría. Al compás de su música andaban  
hacia tres meses.

—Bueno, hijo; pues hasta luego.  
—Hasta luego, Pepito. Y ya sabes...  
la mujer...

—¿Qué mujer?—preguntó Montanares.  
—Hombre, la institutriz!—exclamó Pe-  
láez solemnemente.

—Ah!, ya; es verdad; no me acordaba.  
Ahora mismo se lo diré a Catalina.

Se separaron. Montanares siguió solo  
por la calle de Sevilla. Cruzó Alcalá. En  
la acera de Peligros encontró a otro ami-  
go. Charlaron buen rato. Luego se acer-  
caron al Casino y tomó un coche del servi-  
cio del establecimiento.

IV

Aquella noche, al entrar en su casa  
Montanares pensó decirle a su mujer lo  
que ocurría. Pero luego, sin saber cómo,  
hablando de otras cosas, se le pasó de-  
lante. Durante el día siguiente no vol-  
vió a acordarse tampoco de semejante  
asunto. La cabeza de Montanares había  
dejado toda su vida la esencia de la frivo-  
lidad y la despreocupación. Los hechos  
más trascendentales tenían para él el  
valor de una mariposa. Pero el tercer  
día, al despertar, sintiendo las risas y  
las vocecitas de sus hijas, se acordó de  
lo que tenía que decir a su  
mujer. La llamó inmediatamente. Cata-  
lina acudió:

—Escucha... Tengo que comunicarte  
una cosa muy seria.

Catalina no tuvo el menor gesto de in-  
quietud o sorpresa. Conociendo a su ma-  
rida, supuso que se trataría de cualquier  
tonada. Montanares, por primera vez en  
su vida, adoptó un aire grave, misterio-  
so. Arrojó la toalla con que se estaba se-  
cando la cara y acercándose a su con-  
dona y velando la voz, murmuró:

—Tengo de la institutriz los peores in-  
formes. Parece ser que se trata de una  
mujer de historia, de pésimos antece-  
dentes... Se habla de que fué camarera  
en una antigua cervcería de la calle de  
Alcalá, ¿sabes?, y de que tuvo que ver  
con varios individuos, uno de los cua-  
les se la llevó al Extranjero varios años.  
Como comprenderás, esto es gravísimo.

—¿Y quién te ha dicho todo eso?—in-  
terumpió Catalina, un tanto incrédula.

—Crisantó Peláez, que la conoció cuan-  
do era camarera.

El gesto de Catalina expresó mayor in-  
credulidad.

—¡Bah! Peláez... Tú sabes lo fantásti-  
co que es Peláez.

—No, hija, no; esto no es ninguna fan-  
tasia. Esto es una cosa seria, muy se-  
ria!—repitió, sintiéndose, como Peláez,  
moralista y padre vigilante. Y a conti-  
nuación refirió el encuentro de su ami-  
go con la institutriz.

El semblante de Catalina acusó enton-  
ces el mayor asombro. ¡Cómo era posi-  
ble! ¡Una mujer tan seria, tan modosa,  
tan humilde, que tan bien sabía enseñar  
y tanto se hacía querer de las niñas y  
de ella misma! ¡Cualquiera hubiera sos-  
pechado que pudiese ocultar una exis-  
tencia aventurera! Todavía se resistía a  
creerlo. No, no era posible; no le cabía  
en la cabeza que pudiera ser verdad. Sin  
duda, se trataba de una confusión de Pe-

coba, Catalina atravesó el salón y entró  
en el gabinete donde daban lección las  
niñas. La institutriz no estaba; aún no  
había llegado. Catalina echó una ojeada  
al reloj de sobremesa. Comprendió la  
ausencia. Faltaban todavía quince mi-  
nutos para la hora. La institutriz era  
rigurosamente puntual. Dentro de quin-  
ce minutos estaría allí, seguramente.

Etelvina, aquella mañana hubo de le-  
vantarse aún más temprano que de cos-  
tumbre. Su primer cuidado fué repasar  
alguna ropa blanca de su uso. Largo  
rato estuvo cosiendo. Después hizo su  
tocado y pidió que le sirvieran el des-  
ayuno. Ocupaba un gabinete de la calle  
de la Escalinata, en casa de la viuda  
de un comandante. Como había otros  
dos huéspedes y ella no gustaba del tra-

yendo decir algo importante—. O quién  
sabe si doña Etelvina tenga alguna ra-  
zón para ser así. Vaya usted a saber,  
don Julio.

Y agregó, doctoral:

—Cada persona somos un mundo.

—¡Ah!—exclamó el huésped con fingido  
asombro—. Entonces no me diga usted  
más, doña Sabina. Si esta señora es la  
esfinge de Chafea, no he dicho nada.

Cuando salió a la calle, vió que toda-  
vía tenía tiempo, y entró a misa en San  
Ginés. Luego, dando un paseo, cruzó la  
Puerta del Sol, bajando por Alcalá. La  
mañana estaba agradable. Lucía un sol  
espléndido. Advirtió de pronto que un  
individuo la seguía. Cambió de acera  
para disiparle aprovechando el paso  
de la gente. De nada le sirvió; el desco-  
nocido, estrechando el cerco, pasó varias  
veces delante de ella mirándola descar-  
adamente, y hubo un instante en que cre-  
yó iba a abordarla. Entonces, rápida,  
cruzó el arroyo y tomó un tranvía del  
Hípódromo que pasaba oportunamente.  
¡Qué mosconeó de hombres! La tarde an-  
terior otro individuo había estado pesa-  
dísimo, siguiéndola. El de ahora se que-  
dó a pie, renunciando a continuar el cor-  
tejo. Pudo advertirlo ella con disimulo,  
respirando tranquila.

Con la puntualidad acostumbrada en-  
tró en el hotel. Las niñas la recibieron  
jubilosas, como siempre. Las besó con  
cariño. Aquellas nenas tenían la virtud  
de refrescarle el corazón. Le infundía  
aquella casa tal sensación de paz...

Carmita y María Luisa tomaron asien-  
to frente a su profesora, quietas ya, for-  
malitas. Etelvina sentóse también. Hubo  
un silencio mientras la institutriz abría  
el método y buscaba un tema. Cuando  
empezaba la explicación, abríase la puer-  
ta del gabinete y apareció Catalina. Ve-  
nía alterada, tamborosa, haciendo es-  
fuerzos por dominarse. La institutriz se  
había levantado. Avanzó unos pasos, sa-  
ludando. Catalina ni contestó al saludo.

—Señora—dijo severamente—. Siento  
mucho decirselo; pero desde este mismo  
momento no puede usted continuar dan-  
do lección a mis hijas.

La institutriz se puso pálida. Abrió  
mucho los ojos, fué a hablar, tal vez a  
decir algo importante. Mas se contuvo,  
y al cabo de un silencio, murmuró úni-  
camente, llenos los ojos de lágrimas:

—¿Me arroja usted de su casa, señora?  
¡Usted... tan buena!

Catalina sintióse conmovida.

—Los motivos—exclamó más dulce-  
mente—acaso usted misma pueda cono-  
cerlos.

—Está bien, señora. Ya me voy... Por  
todas las bondades que han tenido uste-  
des conmigo, muchas, muchas gracias.

Y se dirigió a la puerta. Catalina tuvo  
un arranque de compasión. Fué a inte-  
rrogarla, sin atreverse.

—Usted... Usted es...

—Yo, señora—dijo ella con angustia—,  
no soy mas que una mujer muy desgra-  
ciada.

Y abandonó el gabinete.

Carmita y María Luisa, que no aca-  
baban de entender lo que sucedía, al ver  
que se marchaba su profesora, gritaron:

—¿Pero es que se va doña Etelvina?  
No, mamá, que no se vaya, que no se  
vaya... ¡Dila que vuelva!

Y se agarraron a sus faldas, instán-  
dola. Catalina, llena de pena y compa-  
sión, lloraba también.

Etelvina salió a la calle. Una nube ne-  
gra la ensombrecía el pensamiento. La  
larga cadena de los días pasaba acaso  
por su frente. Un rencor sordo, negro,  
profundo, la dominaba, cubriéndola el  
alma. Una sola palabra parecía el com-  
pendio de su vida... ¡Ah, los hombres!...  
¡Los hombres!...

J. ORTIZ DE PINEDO

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



láez, de un parecido asombroso, como  
hay tantos. No era posible. Y antes de  
proceder contra la institutriz, lo mejor,  
a su juicio, era tratar de poner en cla-  
ro la verdad. Preguntar en el Hospital  
si existía la enferma Rosario Toro. Si  
no existía, entonces... hablar a Etelvina,  
sondearla hábilmente...

—Sondearla—exclamó Montanares, po-  
niéndose las botas—. Eso es lo que yo  
dije a Peláez cuando me contó la cosa.  
Sondearla. A esa mujer hay que son-  
dearla.

Fruncióse la frente de Catalina. De  
súbito, su instinto maternal se sobrepu-  
so a todo, exaltándose. No, no... ¿Para  
qué indagar, para qué preguntar a na-  
die? No hacía falta... Fuese o no fuese  
la Rosario tenía que abandonar inme-  
diatamente aquella casa la institutriz.  
Sólo la duda hacía imposible que conti-  
nuase. Sus hijas no podían—¡qué hor-  
ror!—estar en manos de una aventure-  
ra, por muy formal y circunspecta que  
ahora fuese y muy bien que supiese en-  
señar. No, no; de ningún modo... Ahora  
mismo, ahora mismo iba a arrojar a  
aquella mujer a la calle...

Y abandonando, descompuesta, la al-

to con nadie, comía sola, haciéndose ser-  
vir siempre en su propia habitación.

Le molestaba el roce con la gente, en  
particular con los hombres. Los dos  
huéspedes la miraban como a una virtud  
salvaje. No habían visto nunca mujer  
más arisca. Ni aun pegar la hebra cin-  
co minutos podía ninguno de ellos. La  
hospedera, doña Sabina, se hacía len-  
guas de la formalidad de su pupila.

—Pero, señora—dijole una vez uno de  
los huéspedes, muy amigo de la chacha-  
ra con mujeres—, si se puede ser todo  
lo formal que usted quiera y hablar con  
la gente.

Doña Sabina murmuró, sentenciosa:  
—A más de una mujer la ha perdido  
la conversación.

—Pues aquí no hay caso, doña Sabi-  
na. Ni don Higinio ni yo poseemos, por  
desgracia, una elocuencia arrebatadora.  
Doña Etelvina puede dormir tranquila.  
Pero de esto a dar esos respingos que  
acostumbra cada vez que uno se acerca  
a preguntarle algo... Es una lástima.  
Una mujer tan guapa no debe ser tan  
seca, ¿no le parece doña Sabina?

—Cada uno es como Dios le ha hecho,  
don Julio—contestó la hospedera, cre-



## LIBROS RECIBIDOS

*La Saturna*, por José María de Acosta.—En esta nueva novela suya, el ilustre autor de «Entre faldas anda el juego» y «Al cabo de los años mil», afirma su personalidad literaria, en plena granazón, con seguridad ya definitiva. Tanto por su asunto, hondamente humano, que interesa, cautiva y emociona en progresión creciente, como por la claridad del estilo, igualmente acertado en el diálogo y en la descripción, todo ello aderezado con la sal de un fino humorismo, que llega a ser sátira de la mejor ley en ocasiones, «La Saturna» es una novela que coloca dignamente a su autor en la primera fila de nuestros novelistas contemporáneos.

*El Impresionable*, por Gerardo Gasset Neyra.—Bien armado aparece en la palestra literaria el autor de esta hermosa novela. Más que un tanteo, más que el primer vuelo inseguro de quien se siente con alas y aspira a escalar las altas cimas de su ilusión, la novela de Gerardo Gasset Neyra, con todo lo que encierra de promesa y de esperanza, es una obra lograda, en la que se revela una fuerte personalidad de novelador, que no sólo acierta a describir con vivo colorido paisajes y personajes, llevando con consumada soltura el hilo de la ac-

ción, interesante y emotiva en todo momento, sino que sabe—cualidad máxima—infundir en la ficción de su obra artística toda la vida intensa de su mundo interior. «El Impresionable» es una novela que hace creer y esperar en su autor.

*El derecho a ser feliz*, por Augusto Martínez Olmedilla.—Se acaba de poner a la venta el tercer volumen de las obras completas de este ilustre novelista. La obra de Augusto Martínez Olmedilla, tan vasta y brillante, con una ejecutoria de honradez espiritual y artística que pudiera y debiera servir de modelo a muchos de nuestros escritores, merecía esta consagración. «El derecho a ser feliz» es una novela primorosa, de interesante fábula y depurado estilo, en la que culminan las admirables dotes literarias de su autor.

*Penas del amor*, por Félix Cuquerella.—Tienen los versos de este notable poeta el dulce encanto de un lirismo íntimo, que se transmite suavemente de corazón a corazón. Son versos sencillos; pero de una honda armonía interior que se hace música en la rima.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

**MOTOCICLETAS** ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES  
**ALVAREZ HERMANOS**  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281



**NERVIOSINA DE T. GONZALEZ** De venta en farmacias

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

### ULTIMAS PUBLICACIONES

Luis Araquistain: REMEDIOS HERÓICOS.

José Francés: LA DEBIL FORTALEZA.

A. Hernández Catá: EL CORAZON.

R. Pérez de Ayala: HERMAN ENCADENADO.

Paul Verlaine: AMOR.

Guido da Verona: EL CABALLERO DEL ESPIRITU SANTO.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

## GRANJA AZUL

Situado el despacho en la calle de los Qués de Valdeiglesias, 4, contiguo a José, esta Granja, conocida en toda España, tiene una original y artística talación, digna de su fama, presentando a diario infinidad de aves de corral, patos, ocas, etc., etc.

En cuantas Exposiciones ha concurrido mereció los plácemes del público. La última, celebrada en el Retiro por la Asociación General de Cazadores y cazadores, presentó una curiosa colección de razas de gallinas, así como muchos de gallineros que esta Granja posee, desde el más modesto, para el mercado, al necesario para la cría en escala, que es la especialidad de la

**GRANJA AZUL**

## CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.-Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



## Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

**BOVEDA (LUGO)**